

y ConVersos

Coordina:
Eduardo G. RICO

Se ha publicado su correspondencia

Cocteau en otoño

EL otoño parisino trae de nuevo la actualidad del genio. Jean Cocteau —aunque nunca olvidado— renace de sus cenizas, enterradas en 1963, poco después de la muerte de la inolvidable Edith Piaf. Desde Milly-la-Forêt parte el gran acontecimiento del regreso de Cocteau: Teatro, pintura, dibujo, cine, poesía, novela, música... Cocteau lo fue todo entre 1910 y 1963.

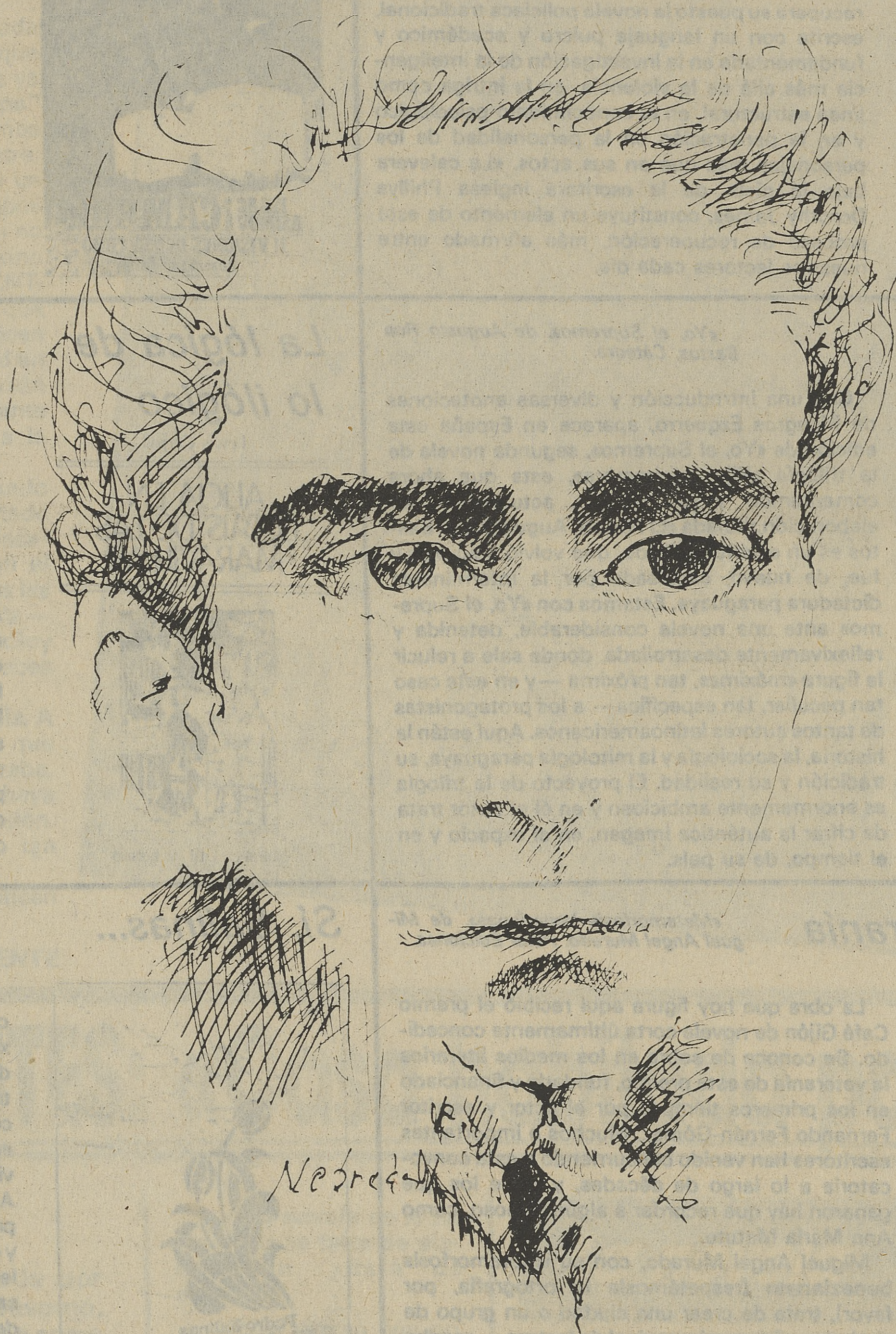
Quizá para nosotros el fenómeno más importante haya sido la reedición de su correspondencia con Jean María Magnac, iniciada con la colaboración surgida para la elaboración de «La corrida del Primero de Mayo» después de que Cocteau, en Sevilla, conociese el arte de la tauromaquia. O la publicación de un conjunto de artículos periodísticos —«Poesía del periodismo»— en los que hace causa común con Picasso contra el régimen franquista, al lado de semblanzas de Watteau y de Charles Trenet, el acróbata travestido.

Las huellas del homenaje superan cualquier mirada reduccionista posible: Milly-la-Forêt fue el escenario indicado para la inauguración con la puesta en escena de «La bella y la bestia». La televisión francesa se ocupó durante tres días de la divulgación de su obra. Tiene lugar una exposición-homenaje en la galería de arte más importante de París y una editorial le dedicó el primer número de sus «Album-Masques» mostrando su mundo inédito con textos de Jean Marais y Pierre Chanel. Truffaut analizó su relación con el cine en una mesa redonda posterior a la proyección de «Parientes terribles».

Todo es poco en comparación con el acontecimiento que supone la publicación por Gallimard del primer tomo de su «Diario». Al filo de su nombramiento como presidente del sindicato de autores y compositores de música comenzó la redacción de este «Diario íntimo», que él había titulado «Le passé défini», mediado el año 1952. El primer tomo de esta autobiografía —género que, por otra parte, contaba con los precedentes de «Opio» y «Maalesh»— narra los sucesos ocurridos en los años 1951 y 1952: la ruptura con François Mauriac tras el estreno de «Bacchus» y la polémica iniciada por aquél con la «Carta abierta» a Cocteau y finalmente zanjada por la respuesta, el célebre «Yo acuso», de éste. El otro centro de la memoria es el cruce realizado a Grecia en compañía de Edouard Dermit y Francine Weisweiler.

La crítica francesa no ha tardado en comparar el «Diario» de Gide con el de Cocteau: Gide y Cocteau, de quienes lo menos que se puede decir es que no se querían apenas, se reencuentran así, los dos, para volvernos a contar el pasado inmediato.

Y Jean Marais no podía faltar. La sombra mutua inseparable desde 1937 hasta su muerte, el amante fiel de quien partió la idea para «La bella y la bestia», el actor —sobre escenario de Cocteau— del «Eterno retorno», el filme de la generación de la ocupación, el origen de los «Parientes terribles». Sólo Jean Marais podía tener la llave de los misterios de Cocteau para explicar en «Historias de mi vida» el porqué de la drogadicción, su generosidad, la concepción del dinero, sus lecturas filosóficas, la censura que ejercía con autoridad paternal sobre sus primeras obras poéticas y la biografía que Claude Mauriac había realizado de él. Es Jean Marais quien ocupa de nuevo el primer lugar, organizando —desde el pasado 4 de octubre hasta enero— en el teatro de Latelier el «Espectáculo Cocteau».

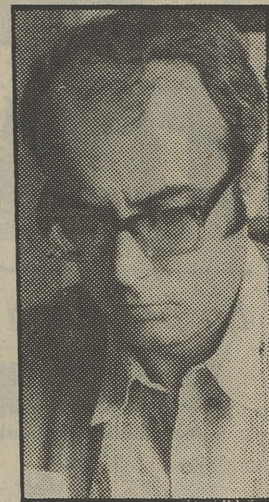


Marais y Radiguet. El presente y el que ya no está. Los demás nombres cuentan sólo como parte de la farándula universal y omnipresente de estos años. Radiguet, el joven poeta que con sólo una obra desenterró el discurso de los clásicos franceses para huir de las vanguardias, el que sumergió a Cocteau en la droga, el modelo para el alumno Dargelos de «Los niños terribles», el reflejo y causa principal de «Opio». Marais y Radiguet tienen su propio escenario: el escenario de Radiguet es Piquey y el de Marais el de ahora, el «Atelier». Radiguet es un recuerdo lejano.

Una larga
relación
con
Jean Marais

JUAN C. VIDAL

Cada semana un libro



**Daniel
Sueiro,
en su mejor
camino**

DANIEL Sueiro pertenece a esa promoción que cultivó lo que dio en llamarse «novela social». En alguna parte, acabo de leer la duda que asalta a un crítico: ¿por qué «social»? ¿Es posible que exista una novela —o un escrito de cualquier orden o género— no social? Lo cual es cierto, y lo confesamos con toda la ingenuidad y la sinceridad del que ha usado y abusado de la definición. Para disculpa nuestra, cabría reflexionar sobre las circunstancias de un tiempo en que el lenguaje, la cultura en general, servían como arsenal en ámbitos ajenos, singularmente el político, y cada palabra era como una piedra o una bala. Jean-Paul Sartre invitó más de una vez a desarmar la cultura. La guerra fría, y en nuestro caso particular la división de la población española en dos bloques compactos, estorbaba la operación.

Sueiro fue, en este sentido, un narrador «social», pero primero y sobre todo narrador a secas. Le debemos novelas y libros de relatos de especial calidad, como «Los conspiradores», que recibió el Premio Nacional de Literatura; «Estos son tus hermanos», etc. Paralelamente, el escritor gallego desarrolló otro de sus talentos, no menos «comprometido», por servirnos de una palabra que está resultando cursi. El del ensayo sobre temas de psicología y sociología nada abstractos, sino vinculados directamente a nuestra realidad, enraizados en las preocupaciones de todos. Estamos pensando en sus incursiones en mundos que, como el de la pena de muerte, aparte la vergüenza que suponen para todo ser humano con la cabeza y el corazón bien estructurados, representan el vestigio de un pasado que ha funcionado socialmente hasta hace bien poco tiempo. Tengo la impresión de que los trabajos de Daniel Sueiro en este sentido beneficiaron poderosamente al abolicionismo, cuando llegó la democracia y se aprobó la Constitución.

En esta línea ensayística de clarificación de mitologías y falsedades se inscribe su exhaustiva investigación sobre el papel que desempeñó en la guerra civil un hombre, Benjamín Balboa, para muchos desconocido. («La flota es roja», colección Primera Plana.) Balboa era un hombre modesto, sin partido, republicano sincero, amante de la legalidad y humanista cabal, en el sentido estricto del término. Su oficio era el de oficial tercero del Cuerpo de Auxiliares Radiotelegrafistas de la Armada. Cuando se produjo la sublevación militar, el 17 de julio de 1936, los conspiradores sabían que contaban con la mayor parte de la oficialidad de la Marina. Con su colaboración, el paso del ejército de África a la Península quedaba asegurado.

Desde la estación de la Ciudad Lineal, Benjamín Balboa, personalmente, impidió que se realizaran tales planes, alertando urgentemente a los partidarios de la legalidad en los distintos buques de la Armada. Cuando las tropas africanas logran cruzar el Estrecho el 5 de agosto, el ejército de la República ya está organizado, y, con todo, el paso a la Península ha de hacerse bajo la protección de la aviación ítalo-germana.

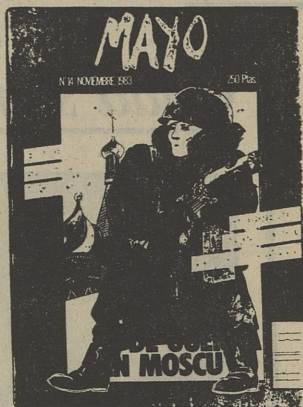
Daniel Sueiro realiza un profundo estudio histórico, bibliográfico y biográfico de aquellos hechos, en el que se incluyen las memorias del propio Balboa, al que el autor conoció en Méjico poco antes de su muerte. Mucho tiempo y grandes desvelos ha invertido Sueiro en la investigación de archivos y realización de entrevistas a las personas relacionadas con este aspecto poco conocido de la guerra civil, que tanto retrasó su desenlace, en contra de lo que los conspiradores esperaban. Nos invita Sueiro, sin pretenderlo, a revisar el papel que en la historia puede desempeñar un solo hombre. El de Balboa, importantísimo, dinamitó todos los planes largamente meditados.

Un excelente libro el de Daniel Sueiro, instalado en esa nueva línea, tan fecunda, que había comenzado con «El arte de matar» y sus estudios sobre la pena de muerte.

EDUARDO G. RICO

Otro «mayo»

«Mayo», revista mensual, número correspondiente a noviembre. Director, Carlos Elordi.



Otro «Mayo», y no nos referimos al de 1968. Se trata de un nuevo número de la revista que dirige Carlos Elordi, con un equipo heterogéneo en el que figuran desde Manuel Vázquez Montalbán a Ana Puértolas, pasando por Rafa Chribes, Vicente Molina Foix, Félix de Azúa y César Alonso de los Ríos. Citamos estos nombres para establecer, con firmas conocidas, la diversidad de puntos de vista aunados por una voluntad progresista y de modernización de la sociedad española. En el número de noviembre aparecen trabajos sobre el problema de Andalucía —¿Reforma o revolución?—, sobre Cataluña —¿Pueblo desgraciado?—, sobre la aguda crisis que atraviesa el PCE —El Partido Comunista se devora a sí mismo—, etc. También, una entrevista con Manuel Marín, notas culturales, reseñas de libros, viajes, etc. Por lo demás, «Mayo» constituye un modelo de presentación y de edición.

Lo policiaco vuelve

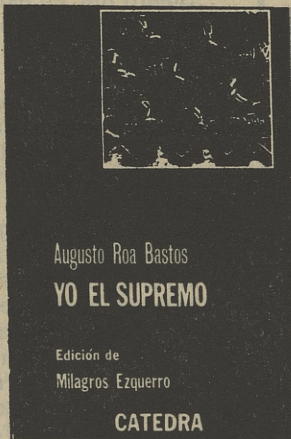
«La calavera bajo la piel», de P. D. James. Argos Vergara.



Lo policiaco vuelve, si es que alguna vez se había ido. Hay que reconocer, sin embargo, que la tradición clásica se había quebrado, sobre todo con la irrupción poco menos que traumática de la novela negra americana, allá por los años treinta, que tantos imitarían después con fortuna desigual. Esta moda ya desciende entre nosotros y recupera su puesto la novela policiaca tradicional, escrita con un lenguaje pulcro y académico y fundamentada en la investigación de la inteligencia más allá de la violencia, en la intriga como línea estructural, en el conocimiento psicológico y en la penetración en la personalidad de los personajes más que en sus actos. «La calavera bajo la piel», de la escritora inglesa Phyllis Dorothy James, constituye un elemento de este proceso de recuperación, más afirmado entre nuestros lectores cada día.

La historia y la mitología

«Yo, el Supremo», de Augusto Roa Bastos. Catedra.



Con una introducción y diversas anotaciones de Milagros Ezquerro, aparece en España esta edición de «Yo, el Supremo», segunda novela de la trilogía «Hijo de hombre», esta que ahora comentamos, y una tercera, actualmente en elaboración, titulada «El Fiscal». Augusto Roa Bastos es un escritor exiliado, que volvió a su país y fue, de nuevo, expulsado por la interminable dictadura paraguaya. Estamos con «Yo, el Supremo» ante una novela considerable, detenida y reflexivamente desarrollada, donde sale a relucir la figura «máxima», tan próxima —y en este caso tan peculiar, tan específica— a los protagonistas de tantos autores latinoamericanos. Aquí están la historia, la sociología y la mitología paraguaya, su tradición y su realidad. El proyecto de la trilogía es enormemente ambicioso y en él el autor trata de cifrar la auténtica imagen, en el espacio y en el tiempo, de su país.

Premio con veteranía

«Metamorfosis benezianas», de Miguel Angel Murado. Polar Ediciones.



La obra que hoy figura aquí recibió el premio Café Gijón de novela corta últimamente concedido. Se conoce de sobra en los medios literarios la veteranía de este premio, fundado y financiado en los primeros tiempos por el actor y escritor Fernando Fernán-Gómez. Muchos e importantes escritores han venido concurriendo a esta convocatoria a lo largo de décadas, y entre los que ganaron hay que recordar a algún famoso, como Ana María Matute.

Miguel Angel Murado, con su «Metamorfosis benezianas» (respetémosle la ortografía, por favor), trata de crear una ciudad o un grupo de ciudades. «En un primer nivel de lectura — escribe — Benezia puede ser una metamorfosis de Lugo (la ciudad del autor) y de Venecia (el modelo escogido). El autor de esta novela fantástica acaba de cumplir los dieciocho años.

Siempre Cortázar

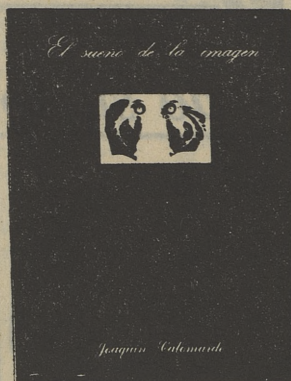
«Los astronautas de la cosmopista», de Carol Dunlop y Julio Cortázar. Muchnik Editores.



Siempre Cortázar, pero esta vez en compañía. Con él, Carol Dunlop, hoy ya desaparecida, y que fue su esposa, realizan un viaje por la autopista entre París y Marsella, narran lo que ven, lo que oyen, lo que viven. Ironizan, contabilizan, se sienten perseguidos... Obviamente, se trata de un lenguaje metafórico donde el tránsito por la vida queda simbolizado. ¿Cómo no recordar uno de los más hermosos cuentos de Cortázar, «La autopista del Sur», al leer este raro libro de viajes que no se parece a ningún otro, pero que se vincula a la antigua narración cortazariana? Digamos que Julio Cortázar destina los beneficios que se obtengan en la venta de esta obra a los revolucionarios sandinistas de Nicaragua. También el editor destina al mismo fin el 2 por 100 del precio de venta del libro.

Laberinto de metáforas

«El sueño de la imagen», de Joaquín Calomarde.



Utilizando una palabra del autor que aparece en el prólogo, este libro constituye un laberinto de metáforas. Tal es su voluntad: una cita de Oscar Wilde que encabeza este trabajo es elocuente. Según Wilde: «Desperté la imaginación de mi siglo hasta crear el mito y la leyenda a mi alrededor. Reuní todos los sistemas en una frase, y toda la existencia en un aforismo.» Sin que el autor responda a una tan elevada ambición —es un escritor joven que se está formando— esta obra suya está compuesta de aforismos dentro de una análoga propuesta: «El mundo comienza en el intrincado laberinto de metáforas que son la realidad de su pesadilla, el sueño de su imagen, el sueño postrero que cada palabra sella y al que todo libro imperceptiblemente suplanta.»

¿Profecía o superchería?

«Cambios», 71 visiones del futuro, de Isaac Asimov. Alianza Editorial.



No hay nada nuevo que decir de Isaac Asimov, uno de los escritores más universales, y de obra más difundida, de los últimos años. Asimov se ha ocupado de la historia del pasado y de la «historia», entrecuillada, del futuro, como autor de los llamados «de anticipación». Con una particularidad entre él y sus predecesores en el género: se apoya en sus conocimientos científicos, en su dominio de la nueva tecnología. Este libro se compone de una serie de breves ensayos —cada uno de los cuales ha constituido antes una «columna» del «América Way Magazine»— sobre las posibilidades que se abren ante nuestro futuro. Según sus palabras: «Mi cometido es simplemente reconocer el terreno que tenemos por delante, con el fin de que la humanidad tenga una noción más exacta de aquello a lo que puede aspirar y de lo que puede evitar. Estilo directo y gran facilidad para la lectura.

La lógica de lo ilógico

Lewis Carroll

ALICIA EN EL PAIS DE LAS MARAVILLAS



biblioteca edaf de bolsillo

«Alicia en el país de las maravillas», de Lewis Carroll. Biblioteca Edaf de bolsillo.

Siempre recibiremos bien una nueva edición de «Alicia en el país de las maravillas», un libro concebido, en apariencia, para niños, que ha venido a convertirse poco menos que en uno de los más netos ejemplos de toda una nueva época de la literatura y el pensamiento: el mundo del absurdo, del que está «detrás del espejo». Mauro Armijo, introductor, analiza muy bien la figura del autor, la cual, aún está ya a larga distancia, habría que someter a un buen análisis psicológico. De hecho ya se ha intentado estudiar su obsesión por las niñas, su especial patología, compartida con sus muchos hermanos — todos sordos y tartamudos —, etc. No obstante, prescindiendo de la personalidad del autor, «Alicia» se ha convertido, con toda razón, y como ya hemos dicho, en parte de la mitología de los nuevos tiempos.

Sí, Salinas...

«El defensor», de Pedro Salinas. Alianza-3.



Sí, Salinas..., como en el verso que le dedicó su compañero de generación y amigo Vicente Aleixandre. Una serie de ensayos de Salinas agrupados bajo el título de «El defensor». De defender trata Salinas, en efecto, una serie de formas de comunicación que paulatinamente van cayendo en desuso. «Algunas formas tradicionales de la vida del espíritu», dice el autor, van decayendo. Así, los diversos ensayos indican por su título el proyecto de Salinas: «Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar», «defensa de la lectura», «defensa de la minoría literaria», «defensa implícita de los viejos analfabetos» y «defensa del lenguaje». El libro lleva un prólogo del yerno de Pedro Salinas, Juan Marichal, quien nos anuncia que ésta es la primera edición de la obra, ya que la de 1948, en Colombia, coincidió con el bogotazo y quedó prácticamente inhumada.

Los tipos entrañables

«Cuentos del desván», de Juan Francisco Blanco. Prólogo de Gonzalo Torrente Ballester. Publicaciones de la Excm. Diputación Provincial de Salamanca.

Cuentos del desván



La pequeña anécdota puede ser frecuentemente el preludio de hechos relevantes. Lo que para unos es pequeño, reducido, simple o nimio, para otros puede ser grande, abierto e importante. La anécdota fue dramática, lírica, festiva, alegre o histriónica, según sus protagonistas. En esta colección de cuentos escritos entre 1979 y 1981 y ahora editados, Blanco (Villar de la Yegua, 1956) desbroza diferentes apuntes sociales en torno a unos personajes variopintos que se caracterizan por su falta de sentido de lo heroico. En estos relatos se mezcla el realismo con una visión imaginativa y fantástica de lectura sobre la realidad cotidiana. De un anciano a una prostituta del «lunpen», los personajes tienen vida y abren sus vidas por los pequeños detalles, ante la atenta mirada del lector.

SIN SECRETOS

SAN FERNANDO

ARRABAL

ESTE es el país de Alicia, pero con más maravillas. Resulta en verdad maravilloso escuchar en el Congreso a Guillermo Kirkpatrick — otro apellido con el que, como el de Schwartz, siempre me trae problemas— definir a los doscientos y más diputados socialistas representantes de la «España roja» desde sus anteojos seguramente azules, o pardos, o negros —vaya usted a saber—, el negarse a rectificar en contra de la opinión de un sector de su propio grupo. ¿La derecha civilizada, que inventamos allá por los setenta, se habrá vuelto incivil? Y ahí tenemos a Robert Escarpit, el gran maestro de Burdeos y del viejo «Le Monde», dándonos lecciones de sociología literaria. Tenemos que aprender a hablar y a escribir como Dios manda; es decir, sin insultarnos.

Y también resulta maravillosa la existencia de una simpáticamente llamada Academia Española del Desastre, que funciona en el número 6 de la tradicional cava de San Miguel, y cuyo objetivo es, ellos lo dicen, el desarrollo de la patafísica y la reivindicación del desastre «en tanto que obra de arte genuinamente española». Esta humorística Academia, reunida el día de Difuntos, acordó por unanimidad proclamar santo al escritor Fernando Arrabal «en reconocimiento a los muchos méritos que concurren en su persona».

¿Qué méritos? «La reiterada confesión realizada por Arrabal en el curso de los últimos meses de que se le aparece la Virgen, en un prodigio que dura ya una década, sólo igualado, con creces, por el «Papa» sevillano Clemente de Troya y Palmar. Seguimos leyendo el comunicado de la Academia del Desastre: «Igualmente se ha valorado el hecho de que en un acto de valentía, sin precedentes en los tiempos modernos, no dudara en realizar dicha confesión no sólo ante las cámaras de Televisión Española, sino en el mismísimo seno de un Congreso de la CNT, celebrado recientemente en Barcelona, hecho que muy bien pudo haberle conducido al martirio.» Dicen los del «Desastre», Academia fundada en Madrid en la pasada primavera, que «el acto de canonización será celebrado en fecha y lugar que oportunamente se harán públicos.» Les juro que no faltaré a la ceremonia.

País de contradicciones. Sí; ya hemos traspasado los espejos. El señor García-Ramal, hijo, presentado no hace tanto tiempo como una promesa empresarial y actualmente procesado por su papel en el Banco de Descuento, se acercaba en las fiestas a las más guapas muchachas —el Discreto lo recuerda— y les decía como arma de conquista infalible: «Soy el director del Banco de Descuento.» ¿Cuántas veces se habrá arrepentido de la fórmula?

Cada uno se las arregla como puede. Raro país. A Rafael Alberti no le ha molestado en absoluto que la derecha se haya alzado contra él. Eso lo esperaba. Lo que le ha sentado mal es que Enrique Llovet haya escrito un artículo contra la forma de la concesión. De todos modos, cuando se gana un premio tan importante ¿qué importa lo que se dice?

Como en el reino de Alicia, las palabras significan lo que el que manda quiere que signifiquen.

EL DISCRETO IMPERTINENTE



● La aparición de la Virgen a San Fernando Arrabal sólo ha sido igualado por el «Papa» Clemente de Troya y Palmar



IGNACIO FONTES: «Casa habitada por murciélagos»

MARY SOL OLBA

Ignacio Fontes con su «Casa habitada por murciélagos» ha sido el ganador del Sésamo, uno de los premios veteranos en prestigio entre los medios literarios. Fontes, que es redactor jefe de la revista «Interviú» y periodista muy conocido por sus artículos, entabló un mano a mano muy reñido con la otra obra finalista, «De manos y villanos», de la que es autor el hondureño Julio Escoto.

—¿Cuál es el argumento de la novela?

—La historia se desarrolla en el Mar Menor. Es una ficción bastante loca, donde se cuenta que el territorio español se ve invadido por el imperio occidental. Se narran las peripecias de un guerrillero que inicia la reconquista desde ese cantón independiente que es la Manga del Mar Menor. Paralelamente, hay otro protagonista que habla en primera persona y que traduce esos datos de la realidad a los mitos, entremezclándolos.

—¿Se podría aplicar a la novela eso de que «cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia...»?

—Bueno, hay muchos paralelismos buscados a propósito: generales golpistas, políticos utópicos y demás personajes que pueden encontrarse en la realidad actual, pero la novela no es un reflejo de ella, aunque utilice muchas claves de la actualidad. Por ejemplo, el intento de golpe de Estado que describo se ha nutrido fundamentalmente de los hechos ocurridos el 23-F.

—A la novela se le ha reprochado falta de elaboración. ¿Está de acuerdo?

—Pues pienso que no, porque en la novela hay un trabajo literario muy elaborado. Se utiliza mucho el lenguaje cotidiano, el periodístico incluso. La narración imita un guión de cine y tiene también algo del cómic, por lo gráfica que es.

—La publicación de «Casa habitada por murciélagos» ¿coincidirá con esa otra novela «Rojo, rosa y negro», que está a punto de salir y de la que PUEBLO ofreció un fragmento?

—Posiblemente coincidan, porque «Rojo, rosa y negro» la tiene el editor desde diciembre del año pasado reteniéndola hasta ahora a base de ir dando largas, y ahora la va a sacar de inmediato. No es que haya agilizado su publicación a causa del premio, porque antes de

La novela

es una ficción

bastante

loca»

fallarse supe que la novela estaba ya prácticamente impresa. Y lo que va a pasar es que ambas van a salir con muy poca diferencia de tiempo, porque Debate, que es la editorial que va a publicar ahora las obras premiadas del Sésamo, tiene previsto sacar «Casa habitada por murciélagos» muy pronto.



José Vicente
Marqués

Por una sociología de la vida cotidiana



Si nos lo tenemos merecido, nos tratamos tan mal que no se comprende cómo cada uno sigue dirigiéndose la palabra a sí mismo. Y es que la vida normal —la vida cotidiana que llaman— es normal precisamente porque está sometida a normas, y nosotros, sujetos privados encallados en sus ordenanzas, «sujetos» por esas normas, «privados» de todo aquello que sean ellas mismas. Pero al fin, como ya dijo un amigo, ¡tan obligatoria es y tan imposible, al mismo tiempo, creer en la propia muerte...! Y por tan imposible nadie querrá ver en su vida su muerte, que para eso es suya, y quién te manda a ti meterte en camisa de once varas, y a ver qué pasa contigo...; celosos y enfurruñados de que si la vida al fin no es vida, al menos sea «mía», con ese afán de tozudo enquistamiento en la Verdad y la Salvación de una muerte que, ahora sí, es toda suya. Y por ello tan obligatoria, tan necesaria, que lo normal acaba desliziándose hacia lo natural, para que la inasible, callada y depredada Madre Natura nos coloque de forma ientífica la argollita a cada cual.

Y no, ¡que ya está bien! claro que comemos, bebemos, dormimos, copulamos, trabajamos, envejecemos, nos morimos...; pero si a cada tristeza «post coitum», es un suponer, apelamos como panacea explicativa al ADN que surca incertidumbre cual séptimo de caballería, sólo la remisión a lo inevitable obtenemos, la dudosa justificación del sochantre de esquelas.

Por ello, «No es natural», libro de J. V. Marqués, recientemente traducido del catalán por editorial Anagrama, parte de este presupuesto posibilista de la sociología: «...no podemos entender cómo trabajamos, consumimos, amamos, nos divertimos, nos frustramos, hacemos amistades, crecemos o envejecemos, si no partimos de la base que podríamos trabajar, consumir, amar, etc. de muchas formas», pues «la

sociedad nos marca no tan sólo un grado concreto de satisfacción de las necesidades, sino una forma de sentir esas necesidades y de canalizar nuestros deseos». El libro efectúa la radiografía de los momentos más significativos en la cotidianidad del ciudadano medio, una diestra persecución de todas esas verdades mentirosas que nos vampirizan y anulan.

En primer lugar, nos nacen. En se preciso instante, entre pañales y carantoñas, algo comienza a fraguarse, es el Poder que

miento que los padres comienzan a ejercer su función, el niño es el proyecto y la revancha.

Poco más tarde, la escuela institucionalizará «la necesidad social del adulto de considerar al niño como irresponsable». Acaso sea hoy la escuela el lugar donde más claramente se observa que el fin de las ocupaciones no es tanto una problemática productividad cuanto el mantener ocupadas a las gentes; en este caso, domesticación del cuerpo, introyección de la obe-

JOSÉ Vicente Marqués nació en Valencia en 1943, actualmente se halla en Oxford con una beca de investigación, es profesor de Sociología, formó parte del consejo de redacción de la revista «Viejo Topo» y ha desarrollado una amplia labor como conferenciante en temas relacionados con la sexología y la ecología.

Ha publicado «País Perplexo» (premi d'Assaig Joan Fuster, Tres i Quatre, 1974 y 1979), «Ecología y lucha de clases» (Zero, 1978 y 1980), «No es natural» (premi d'assaig Fontana Rosa, Prometeo 1980 y Anagrama 1982) y «¿Qué hace el poder en tu cama?» (El Viejo Topo, 1981 y 1981). Su tesis doctoral versó sobre el comportamiento masculino.

toma posesión de esa cuna. Porque el niño es, ante todo, un espacio reservado por sus padres, un hueco pleno de expectativas y significado mucho antes de ser ocupado. Un ligero vistazo a los genitales nos impeará a la compulsión más contradictoria y palmaria: reconocer aquello como niño o niña y, sin embargo, emplear cuidados y pedagogías para que aquello se convierta, efectivamente, en un niño o una niña. Y al mismo tiempo, por tanto, el padre, en padre y la madre, en madre, con la remisión necesaria de autoridad, protección e imagen a imitar que el viejo Freud nos contaba. La infancia y lo lúdico abandona a los adultos; es en el margen de este resentimiento

ordenación laboral del tiempo, reducción al aburrimiento... en un proceso cada vez más largo, pero eso sí, intentando no perder ningún año para lograr una puntual incorporación al paro.

Porque el mito del ¡qué grande es ser joven! únicamente sirve para incrementar las ventas del Corte Inglés o remozar a algún ejecutivo carroza. Ser joven, como ser viejo, como cualquiera de las claudicaciones ante el reloj y el calendario, es siempre la estrategia de un Orden que pugna por postergar nuestras querencias fuera del tiempo y su cumplimiento. De un

Orden que nos enseñó a poner nombre y compromiso a nuestras caricias lúdicas y errabundas, que convirtió nuestras camas en tierras de conquista o sumisión.

De la letanía escolar salimos ya preparados moralmente para ser carne de trabajo, de rutina y mala sangre —que sólo lo que cuesta vale, y a ver qué te habías creído tú...—; por eso un nidito de amor que justifique y restañe tus desvelos, cumplidor fiel del mandato divino. Y otra vez delante de una cuna, pero ahora graduándote de padre, con el temor de ver aparecer el poder de su cuna, con tus manos llenas, cansadas del poder.

Las vacaciones, el chalé, la caja tonta, la colmenita urbana... Un ir aprendiendo aplicadamente a adecuarse a las necesidades del consumo...

Pero lo peor de todo es que en la ética del despilfarro no sólo se consumen objetos, sino relaciones, experiencias, cultura, roles, «status», valores, ocio, ideas y personas.

Entonces una piensa que tal vez podríamos pasarlo bien sin ir a divertirnos, amarnos sin vicarías, tener cínicamente los amiguitos que «ajuntásemos», trabajar sin plus de aburrimiento, hacernos mayores sin envejecer... que tal vez las cosas podrían ser de otra manera... porque la naturaleza no anda metida en el asunto. Porque no es natural. Y leer el libro de J. V. Marqués es, sin duda, una muy buena y amena forma de saberlo.

ROSA MARIA RODRIGUEZ



El poeta del veintisiete

Yo leía a Alberti en los tiempos aquellos en que los libros todavía tenían significado político y en los que la cultura andaba, como medio prohibida, cautiva o yo no sé y uno tenía que «ajenciarse» el texto en francés o inglés o por medio de algún amigo que te fotocopiaba, gratis, el «Viento del pueblo» de Hernández, etc... Eran los años de Agua viva y «los poetas andaluces», eran los años en los que todavía el veintisiete no se había convertido, sólo, en Cernuda, Guillén, Diego, etc... Entonces leía yo a Rafael Alberti. Después lo hacía más de tarde en tarde. A partir de que Barral sacara a la calle sus, llamémoslas, «obras completas» afortunadamente antes de su muerte. Un día, en febrero del pasado año, en el Prado lo saludé presentado por Juan Gil-Albert, quien no lo veía desde la guerra o así. Estuvo cordial y amable. Después vinieron sus versos de cada día, a manera de «haikus» castellanos. Luego, hoy, el Cervantes de Literatura, Alberti, no hay duda, lo merece. Rafael Alberti es el poeta legendario de la generación del veintisiete. De esa curiosa generación que ha tenido entre sus filas a gentes tan dispares como Lorca o Cernuda, Aleixandre o el propio Alberti, sin nombrar a D. Alonso, Salinas, etc... Alberti es y no es, a la vez, el veintisiete. Lo es por cronología, relación, momento histórico y, seguramente, condicionantes estéticos. Repárese en que digo condicionantes, no influencias. La generación del veintisiete es lo menos generación que uno conoce. No en todos los momentos literarios hay un Azorín que se inventa una generación. Al veintisiete le ha hecho falta

siempre su Azorín de turno y, hasta la fecha, no lo ha tenido. Alberti cabe en la misma generación-isla que Juan Gil-Albert, Serrano Plaja o Dieste, autores que, editados por Altolaguirre, dieron sus primeros frutos poéticos allá por el treinta y seis. Y, claro, así nunca pueden funcionar las cronologías literarias. La poesía de Alberti es un conjunto armónico, bien construido y fluido de lo que Bousoño llamaría «armazón léxico-poético». Es una poesía profunda. Realista. Metafóricamente rica y estéticamente plena.

La poesía de Rafael Alberti es una poesía mediterránea. Conviene recordar y reparar en esto, sobre todo, cuando uno está alejado, circunstancial o vitalmente, de lo que esa recurrencia puede querer significar. El Mediterráneo no es, en lo absoluto, una cultura, digamos, autóctona, o así, pero es una forma, una manera, un modo y hasta una lengua de hacer/entender/escribir la cultura. Esto ocurre con Alberti. Su poesía es deudora del castellano mediterráneo: flexible, menos bronco que el de Valladolid, por ejemplo, ligero para la imagen, exacto y pleno con la metáfora. Cuando uno contempla el mar y ve en él «la blanca nieve salada» como llamó, ya en «Marinero en tierra», Alberti a la espuma, comprende que esa metáfora nunca se le pudo ocurrir a un Dámaso Alonso o a un Rosales. El «Madrid es un millón de muertos» está en una onda diametralmente distinta, incluso opuesta. En la poesía de Alberti está contenida toda una metafísica, una ética, una teoría de la acción política y un compromiso efectivo con una tradición y una tierra. Cádiz, Andalucía, el

Mediterráneo. Estas son las coordenadas lírico-vitales desde las que uno puede asimilar y comprender la poesía albertiana. Sí, Alberti es uno de los grandes del veintisiete, no sólo del veintisiete, también lo es de la lírica española. Hoy, cuando la lírica parece que se ejerce más en la narrativa, incluso en ciertas formas poético-metafóricas del filosofar, repárese en Nietzsche, Cioran, el propio Bergamín y la increíble María Zambrano (en especial «Claros del bosque»), es un alivio ver aún a nuestro lado a un hombre que, como Alberti, la cultiva y ejerce poéticamente.

El Cervantes ayuda a recuperar la imagen de Alberti poeta. Poeta y, un poco a lo Blas de Otero, en la calle. Refinamiento, metáfora, lírica y castellano del sur, del Mediterráneo son sus temas y referentes. Rafael Alberti es, sigue siendo, un símbolo. Aunque, también hay que decirlo, cuando a uno le dan el Cervantes, su simbología no siempre coincide ya con las iconografías reales del público, digamos, culto. Y vuelvo a lo de antes: cuando yo leía a Alberti, allá por los setenta, la poesía en España todavía cumplía una misión político-ética que hoy, yo ya no sé si por desgracia, la cultura, también Alberti, ha dejado de cumplir. En este sentido, Rafael Alberti se me presenta como el recuerdo perecedero de cuando los hombres del poema, por boca y voz del poeta, preguntaban por ellos, «¿dónde los hombres?», allá entre los olivos de Jaén, de aquel «Jaén» de Hernández hijo del yugo y la fatiga. ¿Dónde queda hoy, entre quién, entre qué, un espacio, un lugar que sean momento, también fortuna, para esa lírica?

PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, miércoles...



TOROS

Coordinado
por Manuel F. MOLES